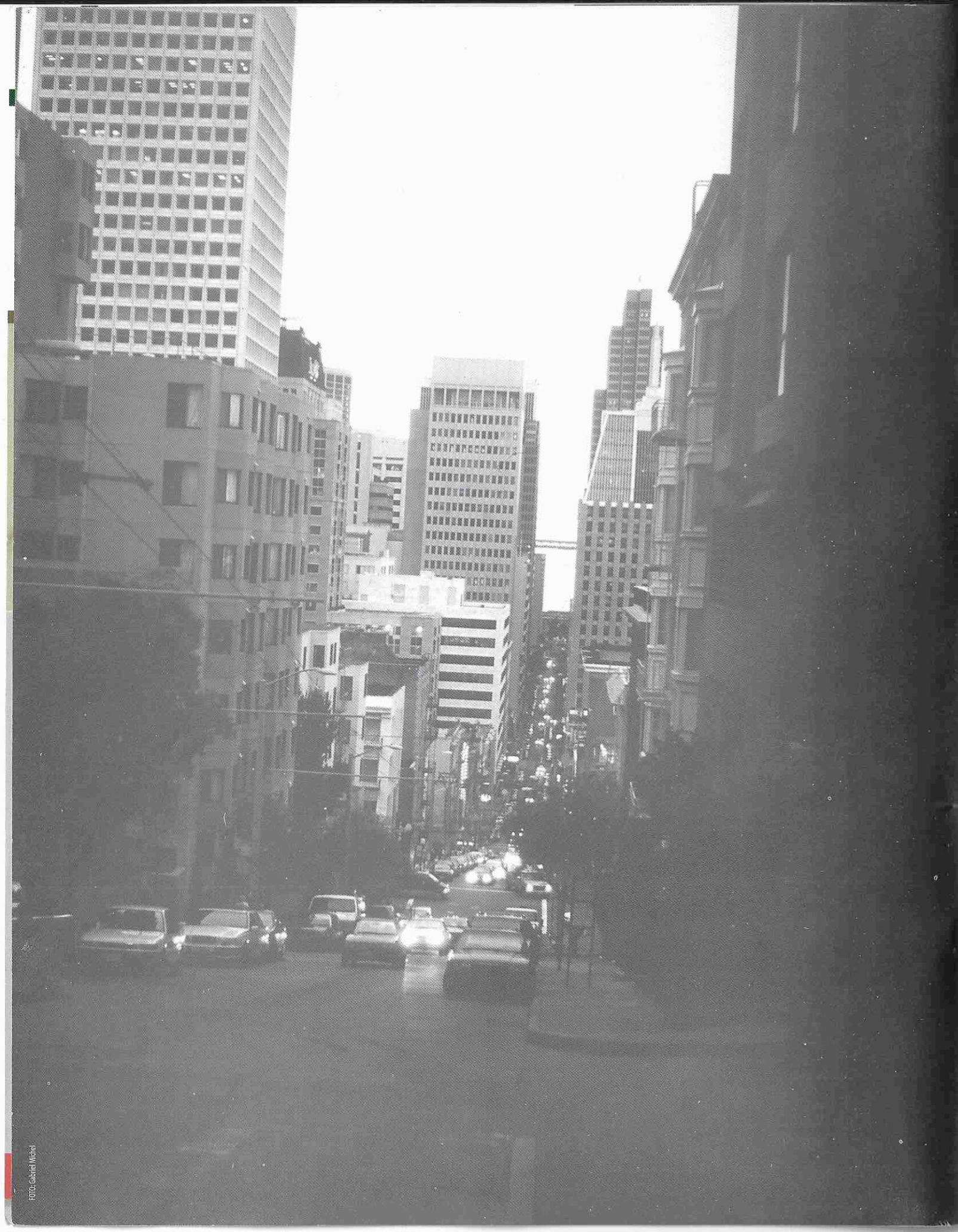


miraöja

REVISTA JESUITA DE ESPIRITUALIDAD Y DESARROLLO HUMANO



**SOÑAR PARA CONSTRUIR
LA CIUDAD CASA DE TODOS
UNA ESPIRITUALIDAD PARA EL DESIERTO URBANO**



La ciudad, como toda creación humana, refleja tanto su grandeza como su miseria, su capacidad de construir y de destruir, su justicia y también su injusticia.

El cambio en México ha sido muy acelerado y la población en las ciudades es mayor que en el campo. Esto quiere decir que la mayoría de los mexicanos habitamos en ellas, lo que es un fenómeno reciente y que seguirá aumentando.

Vivimos, recorremos, sufrimos y disfrutamos las ciudades pero, en la loca carrera, no nos detenemos a pensar nuestra manera de habitar la ciudad. Queremos ofrecer un espacio para ello y aportar nuestra colaboración para favorecer procesos de mayor participación ciudadana en bien de todos y no sólo de unos cuantos.

Nos da miedo la inseguridad y pedimos a las autoridades que pongan alto a la violencia urbana. Normalmente se explica esta realidad con datos provenientes del análisis económico: la distribución desigual de la riqueza, la falta de empleos, el narcotráfico. Y son datos importantes.

Para completar el análisis, en este número, los autores aportan el análisis desde el urbanismo, la arquitectura, la espiritualidad. Y descubrimos que las viviendas de "interés social" con sus escasos metros cuadrados tienen: "una sala-comedor-cocina en la que es imposible sostener más de dos conversaciones simultáneas; dos, si acaso tres, espacios mínimos para dormir; un baño insuficiente para la privacidad de los integrantes de la familia. Las lesiones que la vida familiar recibe por parte de este tipo de viviendas han sido ampliamente documentadas y contribuyen a la desintegración de la familia y a la permanente insatisfacción de sus miembros".

"También los múltiples conjuntos habitacionales del Infonavit, Foviste, etcétera, ofrecen un paupérrimo entorno comunitario. Poner a tanta gente en tan poco espacio genera vandalismo, criminalidad, aislamiento y falta de comunicación hacia dentro y hacia fuera de la familia".

Los autores también hacen propuestas para realizar cambios importantes y repensar la manera como queremos vivir en la ciudad.

Como creyentes podemos preguntarnos: ¿Nuestras creencias religiosas nos invitan a realizar acciones que colaboren con el bien común? ¿Nos impulsan a luchar contra el individualismo reinante? ¿Dios habita en la ciudad? ¿Podemos hablar de una espiritualidad urbana?

Felizmente va habiendo, como pequeña luz en la oscuridad, una creciente participación ciudadana que va haciendo propuestas creativas. Falta mucho pero ya empezamos

La ciudad, como toda creación humana, refleja tanto su grandeza como su miseria, su capacidad de construir y de destruir, su justicia y también su injusticia. El cambio en México ha sido muy acelerado y la población en las ciudades es mayor que en el campo. Esto quiere decir que la mayoría de los mexicanos habitamos en ellas, lo que es un fenómeno reciente y que seguirá aumentando. Vivimos, recorremos, sufrimos y disfrutamos las ciudades pero, en la loca carrera, no nos detenemos a pensar nuestra manera de habitar la ciudad. Queremos ofrecer un espacio para ello y aportar nuestra colaboración para favorecer procesos de mayor participación ciudadana en bien de todos y no sólo de unos cuantos. Nos da miedo la inseguridad y pedimos a las autoridades que pongan alto a la violencia urbana. Normalmente se explica esta realidad con datos provenientes del análisis económico: la distribución desigual de la riqueza, la falta de empleos, el narcotráfico. Y son datos importantes. Para completar el análisis, en este número, los autores aportan el análisis desde el urbanismo, la arquitectura, la espiritualidad. Y descubrimos que las viviendas de "interés social" con sus escasos metros cuadrados tienen: "una sala-comedor-cocina en la que es imposible sostener más de dos conversaciones simultáneas; dos, si acaso tres, espacios mínimos para dormir; un baño insuficiente para la privacidad de los integrantes de la familia. Las lesiones que la vida familiar recibe por parte de este tipo de viviendas han sido ampliamente documentadas y contribuyen a la desintegración de la familia y a la permanente insatisfacción de sus miembros". "También los múltiples conjuntos habitacionales del Infonavit, Foviste, etcétera, ofrecen un paupérrimo entorno comunitario. Poner a tanta gente en tan poco espacio genera vandalismo, criminalidad, aislamiento y falta de comunicación hacia dentro y hacia fuera de la familia". Los autores también hacen propuestas para realizar cambios importantes y repensar la manera como queremos vivir en la ciudad. Como creyentes podemos preguntarnos: ¿Nuestras creencias religiosas nos invitan a realizar acciones que colaboren con el bien común? ¿Nos impulsan a luchar contra el individualismo reinante? ¿Dios habita en la ciudad? ¿Podemos hablar de una espiritualidad urbana? Felizmente va habiendo, como pequeña luz en la oscuridad, una creciente participación ciudadana que va haciendo propuestas creativas. Falta mucho pero ya empezamos



Soñar para CONSTRUIR

Utopía y utopías es un término que en nuestra cultura significa lo inalcanzable, lo irrealizable. El describir una sociedad ideal ha sido tarea de muchos autores, desde Platón hasta nuestros días, y si bien la sociedad, tal y como la pintan estos utopistas, es imposible de realizar, sus escritos nos dejan interesantes enseñanzas e indudables metas que pueden guiar nuestro proyecto de sociedad más humana y justa.

Sunny Montoya González
Doctorado en Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. Maestra en Desarrollo Humano por el CESO. Posgrado En Terapia Familiar Sistémica por el CESAFAC (Centro de Estudios Superiores y Atención a la Familia).
Buzón electrónico: sunnymontoya@hotmail.com



Una tendencia natural del ser humano es la de soñar, la búsqueda de mejores condiciones de vida a través de la creación imaginaria de mundos ideales. Desde el Renacimiento estas construcciones reciben el nombre de utopía, tomado del título de la obra que Tomás Moro escribió entre 1514 y 1516. El término proviene del griego *u-topos* que significa “en ninguna parte”, lo que se aclara en el subtítulo que el mismo Moro escribió para su obra *Del mejor de los estados posibles y de la isla Utopía*

Utopía y utopías
A partir de entonces la palabra ha tenido un doble significado, por un lado se llama utopía a un género literario compuesto por novelas y narraciones ficticias que muestran sociedades estructuradas de tal manera que todos sus integrantes viven felices y han logrado satisfacer plenamente sus necesidades de libertad y de realización personal. En el significado más popular se identifica utopía con fantasía, con pretensiones muy bonitas, con aspiraciones legítimas y profundas del género humano pero irrealizables, ajenas a la realización práctica.

Aunque es la obra de Tomás Moro la más destacada del género utópico y la que mejor cumple con la intencionalidad de utopismo, es decir el ideal de que se puede pensar racionalmente en un orden social justo, no es ni el primero ni el último de este tipo de escritos.

El iniciador de estos sueños que presentan lo que sería una virtual sociedad humana fue Platón con sus diálogos *La República* y *Las Leyes*, escritos en el siglo V a.C., en los que nos propone la república ideal. Hay que tener en cuenta que para los griegos de la antigüedad, la palabra república significaba algo totalmente diferente de la acepción que se le da hoy, en aquel entonces se refería a la *res-públicae*, es decir a los asuntos públicos y no a una forma de gobierno. Lo que Platón nos presenta en *La República* es una sociedad perfectamente organizada al mando de gobernantes filósofos que, de manera que hoy consideraríamos totalitaria, dirigen los destinos de todos los pobladores.

y el hacer participar a todos en las decisiones del gobierno y administración de la isla. Se rigen por normas simples como la de que ningún placer está prohibido con tal que no engendre mal alguno; la existencia de un tiempo garantizado para disfrutar de la libertad interior y del cultivo del espíritu. Una organización social tal había de producir un hombre nuevo, un hombre justo, solidario y feliz.

¿Es realmente imposible una sociedad y un hombre tal? La realidad lo niega, al mostrar que realidades tan diversas como el sufragio universal, la abolición de la esclavitud, la objeción de conciencia o el llegar a la luna, fueron en algún momento tachadas de utópicas. Muchas siguen siendo vistas como tales hoy en día: el ideal de un mundo sin guerra, la lucha por una globalización justa, la aspiración de salvar el planeta de ser destruido por la codicia, el deseo de sustituir el círculo vicioso explotación-consumo por una relación social más libre y enriquecedora, son algunas de ellas. En nuestro continente, dos experiencias reales intentaron aplicar la utopía en las sociedades indígenas a las que veían con características naturales para hacerlo: las misiones jesuíticas del Paraguay y la obra de Don Vasco de Quiroga que organizó de manera tan efectiva el trabajo artesanal de los indígenas michoacanos que hoy en día continúa vigente, falta quien actualice su trabajo, y la utopía de Tata Vasco como aportación al mundo de los mercados.

Aterrizando las utopías

Sin embargo hay otros aprendizajes que nos dejan no sólo la Utopía de Moro, sino todas las que a lo largo de la Historia se han ideado.

① Toda utopía nace como respuesta a las necesidades concretas del momento histórico en que se escriben. No es una invención ajena a lo que rodea a su autor, sino la respuesta ideal a lo que representaba el sufrimiento, sobre todo de los más desprotegidos.



Hay otros avances: existe, por ejemplo, un reciente reconocimiento oficial en el sentido de que las obras viales deben enfocarse desde una perspectiva que privilegie sobre todo a los peatones y promueva la calidad de los entornos urbanos en que se realizan. Habría que insistir en la urgente necesidad de poner el acento —y la inversión pública— en la mejora del transporte colectivo más que en el aliento al transporte automotor individual.

La indispensable necesidad de devolver su vitalidad al centro metropolitano es ya, afortunadamente, un consenso establecido entre nosotros. También parece serlo la noción de que la alternativa ante la decadencia de esa vital demarcación urbana reside en buena parte en la implantación en ella de nuevos núcleos de vivienda que aprovechen construcciones e infraestructuras ahora subutilizadas. Para ello, es necesario asegurar un aceptable “grado de habitabilidad” en el centro. El dar los primeros pasos concretos en esa dirección es una tarea pendiente. Es un gran reto y, ciertamente, una gran oportunidad.

En la medida en que la ciudad se constituya otra vez en un ámbito en el que la individualidad sea respetada, en que los grupos familiares encuentren en su propia vivienda y en los entornos inmediatos los lugares en que puedan suceder la comunicación, la convivencia, el recreo y el reposo, podremos ir construyendo un hábitat que sea el soporte adecuado de la vida familiar. Y la consolidación de esta vida familiar será, a su vez, la mejor garantía de la salud general de la urbe.





Una espiritualidad cristiana para EL DESIERTO URBANO

Contemplar el misterio de Dios
diseminado en el seno del hombre,
practicar una pedagogía que nos haga
descubrir los signos del Reino de Dios
en medio de la aparente oscuridad de
la vida corriente, contagiarnos y hacer
crecer la esperanza en el seno de
nuestras ciudades son algunos de los
retos que plantea la espiritualidad
urbana.

FOTO: Gabriel Híjuelo

Antonio García Rubio
Sacerdote diocesano de Madrid

El Señor fue tentado en el desierto: “El espíritu lo empujó al desierto, y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás. Estaba entre los animales del campo, y los ángeles le servían” (Mc 1, 12-13).

Desde un punto de vista espiritual, la gran ciudad es considerada hoy por muchos como el nuevo desierto en el que somos sometidos a prueba y expuestos a todo tipo de tentaciones:

“Alégrense de ello, aunque de momento tengan que sufrir un poco en pruebas diversas: así la comprobación de su fe—de más precio que el oro, que, aunque perecedero, lo aquilatan a fuego— llegará a ser alabanza y honor cuando se manifieste Jesucristo” (1 Pe 1, 6-7).

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que Dios te envía! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos debajo de sus alas, y no has querido...! Pues bien, su casa quedará desierta”. (Mt 23, 37-38).

La ciudad vive inmersa, como sabemos, entre el desarrollo y la presencia de los malos espíritus que sobrevuelan los tejados y se adentran por sonidos e imágenes, y de otras mil maneras, en el interior de los hogares y en el propio corazón de los seres humanos.

La vida florece en el desierto

Quisiera ahora adentrarme en lo positivo del desierto. ¿Puede venir algo bueno del desierto? ¿Qué hay en el desierto urbano? ¿Rondará por ahí el buen Espíritu? ¿Vive todavía el Espíritu en nuestras ciudades?

Ha nacido una flor

👁️ En pleno desierto pueden nacer, y nacen, las flores.

👁️ En el momento culmen de la historia nació el Señor.

QUISIERA ADENTRARME en lo positivo del desierto.

¿Puede venir algo bueno del desierto? ¿Qué hay en el desierto urbano? ¿Rondará por ahí el buen Espíritu?

¿Vive todavía el Espíritu en nuestras ciudades?

☞ En el centro de la ciudad todos los días, están naciendo flores.

Innumerables detalles nos hablan de una presencia que trasciende las negatividades del hombre: desde la sonrisa abierta que recibimos hasta el compromiso liberador de los grupos que muestran su solidaridad incondicional con los colectivos marginales. Ofrezco aquí uno de esos detalles. La asociación juvenil "Apoyo" recibió el premio Reina Sofía CREFAT. En el comunicado que leyó el representante de la asociación, ante la Reina, se pueden leer cosas como estas:

"Permítanos, Señora, presentarnos. No somos ninguna institución; no tenemos elevados presupuestos ni cuantiosos recursos humanos o materiales. Nos caracteriza simplemente el vivo colorido de vidas diferentes que se dejan encontrar se entrelazan para superar la marginalidad y la droga, la apatía y la complicidad con una realidad que nos disgusta. Somos... jóvenes... implicados todos en una realidad injusta que queremos transformar. Juntos compartiendo al vida con los chavales más machados de nuestros barrios. Apiñados en la denuncia de las numerosas injusticias con que tropezamos en el camino".

El Reino está creciendo sin parar en las ciudades, aunque la inmensa mayoría de la gente que da y ofrece frutos del Reino no sea consciente ni esté despierta, ni sepa valorar qué es lo que sucede....

El Reino está vivo y moviéndose

La primera línea básica de la espiritualidad de las "ciudades-desierto" en que vivimos ha de ser la

necesaria constatación de que el Reino está vivo y moviéndose con inquietud en el corazón, y en la vida de los ciudadanos sufrientes y expectantes ante el desempleo, la violencia, la sequía o la corrupción. Son miles de flores del Reino que nacen cada día.



Practiquemos una pedagogía que nos haga descubrir los signos del Reino de Dios en medio de la aparente oscuridad de la vida corriente.

Los dromedarios cargados

☞ El desierto es atravesado diariamente por camellos y dromedarios que aguantan cargados múltiples horas en medio de un clima aparentemente asfixiante e insoportable.

☞ Él cargó con nuestros pecados, soportó los más grandes sufrimientos y humillaciones y obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz, por amor a los hombres.

☞ En medio de las desigualdades aparecen hombres y mujeres especiales que cargan gustosamente con el sufrimiento de los hombres. En órdenes religiosas, en comunidades cristianas, en organizaciones no gubernamentales y en grupos e individualidades diversas, encontramos a cientos de seres humanos que prestan su vida, su acogida y sus cuidados a los pobres, a los deficientes, a los toxicómanos, a los enfermos de Sida, a los esquizofrénicos, a los niños de la calle, a los ancianos a los parados, a los desestructurados e injustamente tratados por el poder o por la sociedad...

*"Ser pobre según el Evangelio, no es solamente obligarse a hacer lo que hace el último, el esclavo; es hacerlo con el alma y el espíritu del Señor. Eso lo cambia todo... cuando estaba en el mundo consideraba como la última de las cosas el ir a cuidar a los leprosos. Pero el Señor ha tenido piedad de mí. Me condujo él mismo a ellos, y yo les compartía misericordia"*¹.

La iglesia, en sus hijos más auténticos, nos ofrece el más bello sentido del misterio de la liberación y de la cruz. La cruz está presente y viviente. El Crucificado, que ofreció su vida por amor, sigue ofreciéndonos su ejemplo vivo en las grandes ciudades. Este desierto moderno nos permite, de vez en cuando, cruzarnos con caravanas de hermanos que cargan alegres, y muchas veces con un profundo sentido crítico y político, con el dolor de sus hermanos, con el dolor de la humanidad, y se convierte así en factor esencial de esperanza para un fruto humanizado en la ciudad.

Vivir y compartir la existencia

La segunda línea básica de la espiritualidad de las "ciudades-desierto" en que vivimos ha de ser la de vivir y compartir la existencia con los mejores hijos de la iglesia y del mundo que están entregando su ser a los marginados.

Practiquemos una pedagogía de conocimiento y de contacto con estos valientes que nos lleve a contagiarnos y a hacer crecer la esperanza en el seno de la ciudad.



comunidad cristiana, vivencia que ha de revitalizar la presencia del Reino en el confuso mundo urbano actual.

Practiquemos una pedagogía sacramental renovada y renovadora, que aliente y alimente la hondura de la vida de fe de la comunidad y sea un testimonio de unidad y de vida nueva para la ciudad.

La luna y su belleza

☾ En pocos lugares adquiere la luna un protagonismo y una belleza más grande para los soñadores que en el desierto.

☾ En las noches, el Señor se retiraba a lugares apartados, a la montaña, para orar.

☾ La ciudad moderna, que no parece querer que se vea la luna, nos expulsa en algunas ocasiones de su seno y nos obliga a salir, a contemplar y a mirar desde fuera. En muchos momentos pone ante nuestros ojos acontecimientos y situaciones de los que sacar alimento para vivir, belleza para compartir, ilusión para caminar y fuerza para no desfallecer. Son muchas las maneras de ver la luna en la ciudad, y fuera de ella, y de quedar tocados por su encanto.

Las salidas de la ciudad han de ser como las escapadas nocturnas de Jesús al monte. Quien vive inmerso en la ciudad necesita el contacto directo con el Padre. El paseo contemplativo por la naturaleza, por la montaña cercana o por el gran parque se convierten en elementos de primera línea para una espiritualidad urbana que no puede vivir de espaldas a la naturaleza y al silencio. Y, a la vez, la parada diaria en los acontecimientos opresivos o liberadores, el encuentro con la prostituta que hace la calle o con el *yonqui* (drogadicto que usa drogas duras) que se tambalea, la relación con el voluntario que pelea con los niños de la calle o con la anciana que viene de cobrar la pensión... Una parada con el fin de ver; de poder mirar y leer a la luz

de la Palabra; de juzgar con criterios de sabiduría y poder así sacar conclusiones positivas que iluminen nuestra acción y nuestro testimonio.

Dejarse hechizar y ganar por el evangelio y por la persona humana en la soledad de la contemplación, ya sea esta social o espiritual, y perseverar en la luminosa espera del día en que nos encontremos todos con Él.

“Tus sentidos y facultades quedarán frustrados por falta de algo a lo que agarrarse, y te increarán por no hacer nada. Pero no te preocupes. Sigue con esta nada, movido solamente por tu amor a Dios. No lo dejes nunca; persevera firme y fijamente en esta nada, ansiando vivamente poseer siempre a Dios por amor”⁷.

El misterio de Dios nos hechiza como lo hace la luna en las noches claras del desierto. Es preciso dejarse conmover, dejarse llevar por él y aguardar su llegada en silencio y sin prisas, como los siervos que aguardan gozosos la llegada de su Señor...

A contemplar el misterio de Dios

La séptima línea básica de la espiritualidad de las “ciudades-desierto” en que vivimos ha de ser la de aprender a contemplar el misterio de Dios diseminado en el seno del hombre y en la belleza de la naturaleza.

Practiquemos la pedagogía de aprender a mirar la vida y los acontecimientos contemplando la verdad de Dios que esconden.

Colaboración de la revista *Sal Terrae*.

Nota: Por cuestiones de espacio se omitieron algunas partes del artículo original.

Notas

¹ E. Leclerc. (1986). *Sabiduría de un pobre*, Madrid: p 111.

² B. Brecha. (1994). *El otro, la nueva teofanía*. Adviento y navidad, Citado en Cáritas Española, Madrid: pp. 70-71.

³ H. Kung. (1982). *El desafío cristiano*, Madrid: pp. 21-22.

⁴ *Ibid.*, p. 24.

⁵ J. M. Castillo. (1990). *Teología para comunidades*, Madrid: p. 124.

⁶ E. Vilanova. (1990). *La fe cristiana entre la sospecha y la inocencia*, Estella, pp. 238-239.

⁷ (Anónimo inglés del siglo XIV). (1982). *La nube del no-saber*, Madrid: p. 191.

ces es necesario que algo desagradable pase para que reaccionemos. Recuerdo, por ejemplo, cómo se organizaron muy bien los vecinos de una cuadra después de que se habían cometido cuatro robos en su calle en el lapso de un mes. Antes de eso, ni siquiera se habían puesto de acuerdo para la recolección de la basura.

El no conocer a los demás, el percibirlos diferentes y extraños, no ayuda a que nos tengamos confianza. Pero, ¿cómo salir de ese círculo vicioso si no nos atrevemos a platicar con nuestros vecinos aun si al principio la expresión de

sición para escuchar e interesarnos por los demás, por los hijos, por la pareja, por los padres, para que nos cuenten cómo les fue en su día. Hace algunos años, en muchas familias se acostumbraba la plática de sobremesa, sobre todo al terminar la comida. Era una oportunidad de ponerse al tanto de algún aspecto de la vida de cada uno. Ahora las familias son afortunadas si pueden comer todos juntos en casa, aunque ya no tengan tiempo para prolongar la conversación.

Estos cambios en las condiciones de vida nos plantean nuevos retos. Requerimos de una ma-

VIVIR EN LA CIUDAD nos da la oportunidad de construir relaciones basadas más en lo que creemos, valoramos y queremos, en lugar de roles y rituales preestablecidos

su cara nos parece poco amistosa? Al fin y al cabo, ellos tampoco nos conocen.

En un plano más doméstico, el crecimiento de las ciudades también ha venido a alterar las relaciones familiares. Con distancias mayores por recorrer y un tráfico más intenso, aumenta el tiempo en que estamos fuera de casa y entonces nos queda menos tiempo para conversar. Si a esto le agregamos que estos recorridos nos cansan y nos tensionan, la situación se vuelve más difícil, porque entonces puede ser que estemos menos tolerantes y nos molestemos de modo más fácil. Nos sentimos con menos dispo-

yor iniciativa, diálogo y acuerdos para poder disponer de los espacios y tiempos adecuados para estar juntos en familia, para conversar, convivir, jugar, escucharnos y apoyarnos. Esperar a que las condiciones sean propicias para encontrarnos, sin nosotros hacer nada para favorecerlas, es ponernos en desventaja, y correr el riesgo de que poco a poco nos vayamos convirtiendo en unos desconocidos para nuestros propios seres queridos.

En un sentido, el relativo anonimato de las grandes ciudades nos permite movernos con más libertad, vivir la vida de acuerdo con nues-





NO CONOCER a los demás, aumenta la desconfianza, ¿cómo salir de ese círculo vicioso si no nos atrevemos a platicar con nuestros vecinos?

tras propias convicciones; menos constreñidos por las normas sociales a veces tan rigurosas y estrechas de los lugares más pequeños. Ofrece también la oportunidad, para ciertos sectores sociales, de asistir al cine y al teatro, de ir a museos y a conciertos, de contar con una diversidad de servicios educativos y de varias opciones de trabajo. Son aspectos que pueden hacernos la vida más agradable y significativa, si estamos atentos a las desventajas que también están presentes.

La vida en la ciudad puede convertirse en una vida de apariencias y simulaciones. Frente a las pocas oportunidades para conocernos y reconocernos cómo somos realmente, podemos poner más atención en la ropa, en el arreglo personal, en el automóvil, en el lugar en donde nos encontramos, en el celular que traemos, en los negocios que hacemos y en lo que decimos que ganamos en ellos. La persona se empieza a diluir y con ello las relaciones de afecto; la genuina compañía desaparece, nos vamos volviendo extraños los unos a los otros, y las relaciones se van haciendo más de uso y conveniencia. Y en los tiempos de lo desechable, las relaciones pueden ser también así de “útese y tírese”; te trato si me conviene, te dejo cuando ya no puedo sacarte nada de provecho.

Al mismo tiempo, vivir en la ciudad nos da la oportunidad de construir relaciones basadas más en lo que creemos, valoramos y queremos. Nos



Entre hiperciudades y SUPERAGLOMERACIONES

En este texto se analizan dos modelos urbanos actuales —la hiperciudad y la superaglomeración— como tendencias que caracterizan hoy al sistema mundial de asentamientos humanos y se revisan las perspectivas que enfrenta en el mediano plazo la ciudad contemporánea, es decir, la urbe posglobal.

Sin lugar a dudas, la ciudad es el recurso más ingenioso que el hombre ha desarrollado en su historia para garantizar la supervivencia masiva de su especie. En la urbe es posible cubrir satisfactoriamente las necesidades básicas del individuo accediendo a las redes y ductos que movilizan continuamente sus insumos vitales. La metrópoli es el espacio natural para ejercer libremente los derechos colectivos que son prerrogativa de sus habitantes, pero también es el ámbito para la realización plena del espíritu humano. Por todo ello se le considera un crisol de cultura, un foco de civilización, una fuente de vida; sin embargo, en los tiempos más recientes la urbe ha transitado hacia nuevos estadios evolutivos como fenómeno global. En este texto se hace una revisión panorámica de las tendencias que caracterizan hoy al sistema urbano mundial y se analizan las perspectivas que enfrenta en el mediano plazo la ciudad contemporánea, es decir, la urbe posglobal.

Las tendencias urbanas predominantes

En términos generales, las dinámicas urbanas que ocurren hoy en el planeta pueden agruparse en dos grandes corrientes: la que convierte a reconocidas capitales mundiales en hiperciudades especializadas, y la que hace de extensas ciudades empobrecidas superaglomeraciones infraurbanizadas. Las primeras avanzan velozmente según las pautas que imprimen los procesos de mundialización de la macroeconomía, las segundas se adaptan como pueden a las nuevas condiciones del entorno financiero internacional. En otras palabras, por un lado hablamos de las metrópolis representativas de los países más industrializados, y por el otro, de las informes urbes que son las ciudades de las naciones en vías de desarrollo. Vamos a describir sus características constitutivas para comprender tanto los rasgos tangibles como los aspectos intangibles que son propios de cada modelo.

La hiperciudad es la urbe emblemática de los tiempos posmodernos en la medida en que cris-

Alejandro Mendo Gutiérrez

Arquitecto. Profesor titular en el Departamento del Hábitat y Desarrollo Urbano, ITESO. Investigador del Observatorio Metropolitano de Guadalajara.

Buzón electrónico: amendo@iteso.mx

